

Samuel Villela F.

Arte y testimonio funerario en México*

*...el material examinado parece
suficiente para configurar la
imagen de una bella especialidad
dentro de la artesanía. A pesar de
ligarse con la muerte, está llena
de vida, del romántico fatalismo
que impregna nuestra actitud hacia
el más allá.*

Jesús Franco Carrasco
La loza funeraria de Puebla

En uno de los trabajos clásicos que sobre arte funerario se han realizado en México, Jesús Franco Carrasco refiere su encuentro con un “sudario”,¹ que fue lo que lo motivó a emprender una investigación sobre *La loza funeraria en Puebla*.² El epitafio de marras es el siguiente:

¡DETENTE PASAJERO!
¿POR QUÉ TE PASAS SIN HABLARME?
¡SI PORQUE SOY DE TIERRA Y TÚ DE CARNE
APRESURAS EL PASO TAN LIGERO!

ESCÚCHAME UN MOMENTO COMPAÑERO
EL PEDIDO QUE HAGO ES CORTO Y VOLUNTARIO,
RÉZAME UN PADRE NUESTRO Y UN SUDARIO
Y CONTINÚA TU MARCHA... ¡AQUÍ TE ESPERO!

Encontré este mismo sudario en el panteón antiguo de la ciudad de Chilapa, con fecha de 1903 (cuatro años antes de la fecha que aparece en el de Puebla, que

* Agradezco las sugerencias y comentarios que, dentro de la investigación en proceso, me ha hecho el arquitecto Francisco Zamora (DEAS-INAH).

¹ “No he podido averiguar cuándo empezó a darse el nombre de sudarios a estas breves composiciones [...] Son, en efecto, lienzos amorosos que envuelven al difunto”, Franco, 1979: 84.

² “Estas impresiones primarias, emanadas de los ingenuos versos pueblerinos fueron precisamente las que me llevaron a emprender este estudio, porque fue la emoción contenida en el sudario tlacotepecano la que me puso sobre la pista de las lápidas”, Franco, *op. cit.*: 81.

refiere Franco). El mismo epitafio reaparece en una tumba del nuevo panteón municipal de Chilapa, con fecha de 1954.

Por una rara coincidencia, fue este sudario, inscrito en otra tumba de otro lugar y con una fecha ligeramente más temprana, el que me motivó también a iniciar un estudio sobre el arte funerario en el antiguo camposanto de la ciudad de Chilapa, villa refundada por los frailes agustinos en 1533, de raigambre colonial del centro-oriente del actual estado de Guerrero. Al ampliar mis observaciones, extendí mi interés por al arte funerario en todo el estado de Guerrero para de ahí obtener material comparativo en otras entidades —la ciudad de Mérida, Yucatán y la propia ciudad de México.

En el presente trabajo presentaré algunas características del arte y testimonio funerario, sobre todo del arte tumbal, tratando de encontrar algunas constantes y sus particularidades.³

La importancia de presentar este resultado parcial de una investigación aún inconclusa; radica en el hecho de tratarse de un tema poco estudiado, sobre todo para la entidad guerrerense, y de que el caso que inicialmente me ocupó (el antiguo cementerio municipal de Chilapa, Guerrero) resulta interesante por tratarse de un caso inédito, hasta ahora.

³ Previamente ya he publicado un artículo sobre el caso del arte funerario en la ciudad de Mérida, del cual extraigo aquí partes textuales, Villela, 1991.



Foto de Romualdo García

El cementerio antiguo de Chilapa

La ciudad de Chilapa se encuentra actualmente situada en la región centro-oriente del actual estado de Guerrero, aunque también se le considera como la parte más occidental —Montaña “chica”— de la región conocida como Montaña de Guerrero. Según Casarrubias (1989: 145), hacia el año de 1844 se presentó ahí una epidemia de cólera, lo que provocó gran mortandad. Ante la imposibilidad de enterrar a todos los difuntos en el atrio de los templos, se abrió un nuevo espacio para camposanto.⁴ De este lugar es donde se ha tomado la muestra inicial para el estudio del arte funerario.

Un dato importante es que, a pesar de la fecha consignada por Casarrubias para la creación de este cementerio, he localizado algunas tumbas con fecha anterior. La más antigua es del año 1804.⁵ Su lápida se encuentra adornada con borduras de tallos y cuatro flores en las esquinas. En la parte superior se encuentra una sencilla cruz sobre su base, adornada con un par de palmas. La lápida tiene inscrito el siguiente texto:

BAJO ESTA LOSA
SOLEDAD MORE
NO DE 15 AÑOS DE
EDAD FUE TOCADA
POR LA GUADAÑA
DE LA MUERTE BI
BIO EN EL TEMOR
MURIO BIRGEN Y
SU CUERPO YASE
AQUI SU ALMA
DESCANSA EN
PAS PASAGEROS
UN SUDARIO POR
AMOR DE DIOS

⁴ También en Tixtla, Guerrero, ciudad cercana a Chilapa, se creó el panteón municipal en 1850, con motivo de una epidemia de cólera. Por dicho motivo, se inscribió una placa alusiva que dice:

AÑO DE 1850
PANTEON O CEMENTERIO D EST^A CRUZ
TUBO SU ORIGEN A 12 D.JUL. DDHO AÑO
POR MOTIVO DE COLERA MORBO QUE ATACO A ES
TA CIUDAD SIENDO ALCALDE DO NICOLAS
CASTILLO Y CORA PAR DO^N ANT.^O REYES GA
LLARDO SIENDO PRIMER AÑO DEL ESTADO DE
GUERRERO

⁵ La fecha más antigua que Franco (1979: 147) consigna en su investigación es 1863.

En el borde superior, se encuentra la siguiente inscripción:

JESUS MORENO FAYECIO EL DIA 10 DE NOBBE D
1804

La mayoría de las tumbas consideradas en la investigación son del siglo XIX, las que, respecto a la legislación, pueden ser consideradas monumentos históricos.

De un total aproximado de 250 tumbas, 172 tienen una lápida a base de cantera, lo cual permitió conformar el universo de estudio; donde encontramos un 70% —aproximadamente— de lápidas confeccionadas en el siglo XIX. Ahí persisten muchos motivos iconográficos vinculados tanto al “tenebrismo original de la descarnada calavera, hasta los más amables símbolos de la salvación” (Franco, 1987: 309). En todo caso, los motivos reflejan pautas culturales donde se expresan actitudes, normas y sentimientos, respecto a uno de los momentos más dramáticos de la existencia humana.

La mayoría de las tumbas son sencillas. Sobre una pequeña base de ladrillo y mampostería se monta una lápida labrada en cantera o, muchas veces, sólo la lápida directamente sobre la tierra. Las dimensiones estándares de las lápidas son de 1.6 x 0.6 m. Sobre la superficie se plasman datos generales: nombre del difunto, fecha del deceso y, algunas veces, el RIP, dedicatoria u otros datos. En una de ellas se llega a especificar la hora (“El día 13 de agosto de 1878 a las once de la noche falleció María Gertrudis Ariza de Castro”). En algunas, la edad del difunto se precisa hasta con días: “A la edad de 5 años 7 meses 16 días” (tumba de Jos, Gatica), “Falleció... a los 40 años, 5 meses 7 días” (Tumba de Juan N. Miranda). El “mensaje”, en la mayoría de las tumbas, es muy escueto limitado a breves expresiones de pesar o de esperanza. El matiz puede ir desde la optimista creencia en el día de la resurrección (“En este lugar esperan la resurrección de la carne los restos materiales de Néstor Salazar”) hasta el más lúgubre mensaje:

DESDE EL
DIA 20
DE MARZO
DE 1899
REPOSAN
SU ETERNA
Y NOCHE
OBSCURA

ANTROPOLOGÍA

LOS RESTOS
DEL SEÑOR
FRANCISCO
RAMIREZ

VOLO LIJERA A LA INM
ORTAL MORADA MAS
DE MI MENTE NO
SERA BORRADA

He aquí una breve muestra de los sencillos mensajes expresados en las dedicatorias de las tumbas: "...hoy que abre gozosa sus puertas el cielo" (tumba de María Vicenta de la Paz), "...bajó a esta tumba en su edad más florida" (tumba de Rutilo Silva), "...duerme en esta tumba el sueño profundo de la eternidad" (tumba de Matilde Salmerón), "...sus hijos agobiados al peso del inmenso dolor le dedican este RECUERDO" (tumba de Francisca Rodríguez), "...consagra al autor de sus días este fúnebre recuerdo" (tumba del señor Castro), "Su padre que todavía llora..." (tumba de la niña Guillermina González), "...dejó su mísera emboltura" (tumba de Lugarda García). Pero son los sudarios, indudablemente, las piezas literarias más expresivas, las que condensan los sentimientos y actitudes populares respecto al momento de la muerte. Aparte del sudario presentado anteriormente, y a título de ilustración, transcribo los siguientes:

TU QUE DEJANDO EL MUNDANAL RUIDO
VIENES A LOS DOMINIOS DE LA MUERTE
QUE CONTEMPLAS CON ÁNIMO AFLIGIDO
EL MISTERIO INSONDABLE DE TU SUERTE

TU QUE MIRAS MI NOMBRE AQUÍ ESCULPIDO
DONDE REPOSA YA MI POLVO INERTE
EXIJO TU PIEDAD Y HAZ CONMIGO
LO QUE QUIERAS DESPUÉS QUE HAGAN CONTIGO

(Tumbas de Laureana Pineda, 18... y Rafael Abarca, 1878.)

HOCTABA

...URMS... DEL... DE LA
VOS POTENTE QUE DE LA
ETERNIDAD SE LEVANTA
PARA ARRANCAR CON ANI
MO INCLEMENTE AI SER
CUYA ESISTENCIA FUE
TAN CARA PARA EL ES
POSO FIEL LA HIJA DOLI
ENTE QUE CON TERNURA
SIN IGUAL LA AMARA

(Tumba de Marcia Castro de Tenorio, 1873.)

Resulta significativo que, del total de tumbas registradas, en 17 de ellas se encuentren epitafios de este tipo (casi el 20%), sin contar aquellas que se han destruido o son ya ilegibles por el paso del tiempo. La práctica de inscribir los sudarios estuvo muy presente entre ciertos sectores de la población chilapeña, sobre todo en el último tercio del siglo XIX. Franco (1979: 81-4) propone que el origen de la práctica se encuentra en las urbes, de donde se extendió hacia las villas y el medio rural. Resulta enigmático para el caso de Chilapa saber por dónde llegó esa influencia, dado el relativo aislamiento en que se encontraba la villa de Chilapa hacia mediados del siglo XIX. Por otra parte, el epitafio mostrado al inicio de este trabajo aparece más tempranamente en Chilapa que en Puebla, que pudo haber sido uno de los focos de difusión.

Además de estas piezas literarias y de los breves mensajes que se inscribían en las dedicatorias, se plasmaron en las lápidas diversos símbolos, que corresponden a lo que Franco (*ibid.*: 72) ha denominado "simbología romántica". Estos motivos, que también se han presentado a lo largo y ancho del país, se expresan en las lápidas del antiguo cementerio de Chilapa de la siguiente manera:

1. La calavera, motivo fúnebre relacionado con las postrimerías del hombre, con sus despojos (*ibid.*: 73), se encuentra en once tumbas, con fechas que van desde 1864 hasta 1889, con mayor recurrencia en la década de los setenta.

Otros motivos relacionados con el sentido atribuible a la calavera, como el ataúd, se encuentran en menor proporción.

2. Ángeles o personas dolientes. La figura de los dolientes, "uno de los motivos más frecuentes de la iconografía decimonónica" (Ramírez, 1987: 189), se encuentra presente en doce tumbas. La escultura en relieve que se trabajó sobre la cantera ha permitido notables expresiones artísticas, entre las que destaca una tumba donde dos individuos, sentados a

los lados de una cruz en un altar, se muestran apesadumbrados (tumba de Aurelio Sánchez).

3. Flores y guirnaldas. Según Ramírez (*ibid.*: 198), guirnaldas, festones y flores “representan la ofrenda por excelencia que deudos y allegados llevan a sus difuntos en señal de respetuoso homenaje”. Estos motivos se presentan solos, en cantidad de diez y asociados a las cruces, en mayor cantidad (22 tumbas).
4. Otros. Diversos motivos se encuentran en una mínima proporción. Entre ellos, habría que destacar las clepsidras aladas (3), las ovejas (3), anclas (2) y guadañas. El follaje aparece en varias tumbas, componiendo borduras.

Es importante destacar la ausencia de figuras sacras, así como la progresión desde motivos paganos (calaveras, urnas, sarcófagos, dolientes, etc.) hasta los “emblemas de redención”, profusión que, según Ramírez (*op. cit.*; 183), se da en el mundo occidental como reacción a la iconografía precedente.

El cementerio municipal de Mérida, Yucatán y el Panteón francés de La Piedad, México, D.F.

Se incluye aquí, para efectos comparativos, el análisis del arte funerario en dos cementerios urbanos más contemporáneos. El panteón de la ciudad de Mérida dista más de mil kilómetros del de Chilapa y se encuentra enclavado en el corazón del área maya septentrional, mientras que el Panteón francés de La Piedad, en la ciudad de México, es un cementerio donde fueron enterradas personas pertenecientes a las altas capas de la sociedad capitalina (militares, diplomáticos, encumbrados profesionistas liberales, personajes ilustres, etc.). En este cementerio, particularmente, se han hallado muestras muy depuradas de arte funerario, por ejemplo, las esculturas de Ponzanelli.

Hasta antes de la instauración de los cementerios civiles, en la ciudad de Mérida, al igual que en otras del país, existía la costumbre de practicar enterramientos en los atrios de las iglesias o en el interior de sus naves: “La gente principal de Mérida, que pertenecía a la parroquia del Sagrario, lo hacía... en los muros y pisos de la Catedral” (*Enciclopedia de México*, 1987: 461).

Esta costumbre, aun cuando fue considerada antihigiénica, se mantuvo hasta principios del presente siglo. Todavía es posible observar, a los costados de la nave



Foto de Romualdo García

central de Catedral, multitud de lápidas con inscripciones que datan desde mediados del siglo pasado hasta las primeras décadas del presente.

La tumba más antigua no se encontró en el panteón aludido sino en la fachada del templo de Santa Ana y data del año 1734. Se trata de una sobria lápida donde se encuentra inscrito solamente un texto alusivo al personaje, sus méritos y la circunstancia de su fallecimiento.

Siguiendo el listado temático propuesto por Ramírez (*op. cit.*) y que ha servido para el análisis de algunos aspectos en el camposanto de Chilapa, se encontraron en los dos cementerios los siguientes ele-

ANTROPOLOGÍA

mentos simbólicos: figuras antropomórficas, animales, objetos.

Figuras antropomórficas

1. Retrato

Una de las muestras más idóneas de representación de la persona fallecida es su fotografía. La imagen fotográfica, entendida como sinónimo de veracidad, es la prueba más visible de la presencia física del difunto. En el Panteón francés de La Piedad se encuentra la tumba de la niña Nancita que ostenta una foto de la infante.

Otro tipo de representación de la persona fallecida es, en el panteón de Mérida, la escultura del niño Gerardo de Jesús quien frente a una imagen de la virgen María, sostiene sobre su pecho un crucifijo y unas flores, símbolo de la pureza infantil del alma del finado.

Un retrato más patético y conmovedor es aquel en el cual se aprecia la representación de una madre recostada sobre la tumba, acurrucando a su hijo. Aquí también se recurre a la alegoría del sueño eterno, del cual se saldrá con la resurrección (tumba de Julia Palma y su hijo Jos, Panteón Florido de Mérida).

2. Dolientes

Estas figuras adquieren diversos matices: desde las figuras femeninas que se postran, abatidas, ante los féretros (tumba de Josefa Suárez de Rivas, Panteón Municipal de Mérida), hasta las que se encuentran hincadas, rezando, con lo que se aporta al descanso eterno del alma del finado. Un notable ejemplo, en términos escultóricos, lo constituye la tumba de Álvaro Medina R. (Panteón Municipal de Mérida.) Se le supone yerto, en su lecho de muerte y cubierto por un sudario, mientras que su mujer se asoma, levantando una porción del sudario sobre el rostro, para decir el último adiós.

3. Ángeles

La figura de los ángeles adquiere la función del *psychopompos*, es decir, del conductor de las almas hacia la morada eterna, tal como se ve en varios casos del Panteón francés. En otras formas de representación apa-

recen apuntando su brazo hacia el firmamento o conminando al silencio (figura bastante recurrente en el Panteón Municipal de Mérida y en el nuevo cementerio de Chilapa).

4. Figuras alegóricas

Una de las imágenes más relevantes, en Mérida, es la tumba del famoso compositor Ricardo Palmerín. En el túmulo funerario se ha labrado una alegoría a la etnia maya, en la figura de una mujer mestiza ataviada con su *hipil* y que sostiene entre sus manos una guitarra, en actitud de tocarla. Una voluta florida emerge de la boca de la mujer, tal como se representaba al canto en la iconografía prehispánica, en alegoría a las virtudes del difunto.

Animales

La representación de una paloma es la única figura de animales encontrada en el Panteón Municipal de Mérida. El ave, entre nubes y rayos, remonta el vuelo, en clara alegoría al alma de la niña que asciende al cielo.

Objetos

1. Elementos arquitectónicos

Una de las representaciones de mayor connotación es la figuración de una puerta sobre la tumba, o como metáfora de la misma, simbolizando la puerta del inframundo. El sepulcro del niño Humberto Loza Trujillo, en el Panteón Municipal de Mérida, es representativo de un motivo escaso en dicho cementerio: una mujer se mantiene, de pie y con flores en su mano, ante la entrada al espacio que configura la puerta. Una representación similar sólo que con la figura de un ángel, se encuentra en el mausoleo de la familia Reyes Retana en el Panteón francés.

Un motivo muy recurrente en los panteones de la ciudad de Mérida es la representación de iglesias o capillas tradicionales. Quizás aquí nos encontramos con la alegoría de la casa de Dios, donde antiguamente se enterraba a los muertos.

Una alegoría arquitectónica del ámbito rural de los campesinos mayas se encuentra en la tumba de Maria-

na Aguilar de Oxe, en el Panteón Municipal de Mérida. Ahí se puede ver la meridiana representación de una choza campesina, con su escalinata de acceso. En su parte inferior se encuentra un epitafio —de los pocos que se pudieron registrarse en ese panteón— y, a su derecha, en actitud de prostración, la típica imagen de un campesino maya vestido con calzón y camisa de manta, con un bule colgándole de la cintura.

2. Emblemas profesionales o grupales

Un carácter alegórico bastante *sui generis*, de incuestionable carácter regional, lo constituye el hemicycleo del sindicato de cordeleros de Yucatán (Panteón Municipal de Mérida). Ahí se encuentran dispuestas, uniformemente, seis filas de tumbas y sobre cada uno de los sepulcros se encuentra un motivo en forma de cruz, asentado sobre dos carretes de cordel de henequén, el uno en forma de carrete y el otro en forma de madeja. La propia cruz está confeccionada como si fuera hecha de dos gruesos trozos de cuerda de ese material. Todos estos motivos son de color amarillo.

Ramírez menciona que el cementerio municipal de Mérida es de los pocos en el país donde hay una referencia explícita a las actividades de la francmasonería, ya que “pueden verse la escuadra, el compás, la plomada y los signos y números indicadores del grado jerárquico alcanzado” (*op. cit.*: 205).

Otra notable expresión de emblemas grupales, muy vinculado al específico acaecer político de Yucatán, lo constituyen los signos asociados al llamado “socialismo” yucateco. En la rotonda de los socialistas del cementerio municipal se encuentran empotradas en las paredes del hemicycleo un total de 32 criptas, la mayoría de las cuales ostenta en sus lápidas el simbólico triángulo de los socialistas yucatecos; sólo una de las lápidas, la de Felipe S. Monforte, presenta uno de los símbolos del socialismo internacional (la hoz), que en esta representación criolla se asocia a la tradicional planta de maíz.

A manera de conclusión

La descripción y análisis del arte y testimonio funerario que aquí se ha presentado pretende entender las pautas que grandes sectores de la población mexicana han desarrollado respecto a un momento crucial de la existencia. El trance de la muerte, lejos de lo traumático que pueda resultar a ojos occidentales, es recreado en México en un cuerpo de creencias que lo vinculan permanentemente a su contrario. Y en esta pretendida vinculación permanente a la vida, los recintos que contienen los despojos mortales del cuerpo se revisten de elementos iconográficos que pueden adquirir una forma artística, aunque no necesariamente su calidad estética nos informa sobre el cúmulo de pautas culturales que les subyacen.

En esta perspectiva, el trabajo que aquí se presenta pretende proponer una constante en razón de las particularidades regionales y estratos sociales, los forma de cultura popular que se encuentra indisolublemente ligada a sus ámbitos regionales y temporales.

Bibliografía

- Casarrubias C., Jesús, *Chilapa*, Costa-Amic, México, 1989.
Enciclopedia de México, 1987.
 Franco Carrasco, Jesús, *La loza funeraria de Puebla*, UNAM, México, 1979.
 —, “El inicio de la loza funeraria en Puebla”, en *Arte funerario (Coloquio internacional de historia del arte)*, UNAM, México, 1987.
 Ramírez, Fausto, “Tipología de la escultura tumbal en México, 1860-1920”, en *Arte funerario (Coloquio internacional de historia del arte)*, UNAM, México, 1987.
 Villela F., Samuel L., “Arte funerario en Mérida”, en *Cultura Sur*, año 3, vol. 2, núm. 16, 1991, pp. 36-40.